

## **PALABRAS DE APERTURA**

*Miguel Verstroete*  
*Decano de la Facultad de*  
*Filosofía y Letras*

Me siento hoy honrado al inaugurar este IV Congreso Nacional de Literatura Argentina.

Una inauguración que me obliga a consultar a los augures. Por lo cual, me embarga, simultáneamente, una cautelosa y reverencial actitud.

Por ello, al modo de los antiguos, quiero mantener el sentido sacral de todo acto y en especial éste que me impulsa a invocar al oráculo para que adivine, es decir, para que enuncie, a la manera del dios, los designios supremos del Congreso. Se trata, pues, en este instante de descubrir lo más digno y elevado de lo que estamos por iniciar: de nuestro congressus, de nuestro encuentro por la acción de un caminar juntos, de ponerse en conjunción hacia algo común (*congregior*). Y este algo común es la "literatura", las letras, las *litterae*, esto es: el signo o el carácter. Estamos hoy, juntos en reunión, encaminados hacia el encuentro divino del signo que imprime un carácter que, a su vez, enuncie o augure el signo de nuestra preocupación en común y el sentido de ella en su designio supremo.

Tal era la significación griega de la palabra "logos": era la palabra que etimológica, originaria, divinamente denotaba reunión, y, por ello, patentizaba el signo, el carácter o

el sentido; era la palabra que decía la palabra: se revelaba a sí misma.

Nos encontramos en el inicio de un congreso de literatura argentina, es decir, entonces, de una reunión en torno del logos que se dice argentino, de la palabra que en la enunciación de lo nuestro manifiesta su carácter y su sentido, su logos.

Nos encontramos, por lo tanto, reunidos en la dimensión de la Palabra para que conjuntamente auguremos nuestro sentido, nuestro logos. Mas, como Heráclito nos advierte, no es tarea fácil: "El logos -dice-, que es eterno, no lo entienden los hombres al escucharlo...Pues, aunque todas las cosas acontecen de acuerdo con este logos, ellos dan la impresión de que nada sospechan en tanto realizan sus propias experiencias..." Por ello, -agrega- "es menester seguir lo común; y aunque el logos es común, la mayoría vive como si poseyese su propio entendimiento u opinión".

En la medida en que nos encerramos en la singularidad, nos alejamos de la reunión o del logos y, por ende, no correspondemos con él, esto es: ya no lo escuchamos, y el oír se disipa en el mero hablar de la *doxa* que nada dice, ni nada revela. De ese modo, sofocamos la literatura, borramos el signo, traicionamos el carácter, ocultamos todo sentido.

La individualidad del ego que no escucha desquicia toda reunión y todo lo que es, porque en la apostasía de la palabra se soslaya todo rumbo, todo caminar, todo *congressus*: con la ocultación del logos se extraña todo principio y, por ende, toda creación se abisma en la mortalidad de las tinieblas.

Sin embargo, nos encontramos hoy encaminados juntamente hacia el logos que era *ἔναλκῆ* eterno y el mismo Dios. Por ello, como una respuesta a Heráclito proclama San Juan: "todo se hizo por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho. Él es la vida, y la vida es la luz de los hombres".

Un congreso de literatura significa, entonces, corresponder con el logos:

- en su acepción de reunir, es decir: poner a salvo y custodiar lo común;
- en su significado de signo y carácter, esto es: revelar el sentido y el ser de todo cuanto ha sido hecho;

- en su condición de ἀρχή , o sea: escuchar la voz originaria que da vida;
- en su divinidad, es decir: reconocer nuestra imagen y semejanza en la infinitud del Verbo.

Y por último, convoquemos todo este significado en la especificación de la literatura argentina o del logos que en su argentinidad nos nombra, y por ello pertenecemos a la vida, a la luz, al sentido y a la eternidad.

Congresistas, sean bienvenidos a este acontecimiento literario.

¡Ojalá escuchemos la palabra que nos nombra, descubriéndonos y reconociéndonos a nosotros mismos en cumplimiento del imperativo autocognoscente del oráculo de Delfos:  
γνώσισεαυτόν!